

Ryūnosuke Akutagawa

Vida de un idiota
y otras confesiones

Traducción de Yumika Matsumoto
y Jordi Tordera



Alianza editorial
El libro de bolsillo



SATORI

Títulos originales: *Mikan*, みかん, («Las mandarinas»);
Yasukichi no techō kara, 保吉の手帳から, («Extractos de la agenda de Yasukichi»);
Umi no hotori, 海のほとり, («Al borde del mar»);
Tenkibo, 点鬼簿, («Registro de defunciones»);
Haguruma, 齒車, («Engranajes»);
Aru abō no issbō, 或阿呆の一生, («Vida de un idiota»);
Aru kyūjū e okoru shuki, 或旧友へ送る手記, («Nota enviada a un viejo amigo»).

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Ryūnosuke Akutagawa
© Alamy / Cordon Press
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Satori Ediciones, 2011
© de la traducción: Yumika Matsumoto y Jordi Tordera, 2021
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-442-6
Depósito legal: M. 16.690-2021
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9 Nota al texto

Vida de un idiota y otras confesiones

- 11 Las mandarinas
- 21 Extractos de la agenda de Yasukichi
- 41 Al borde del mar
- 57 Registro de defunciones
- 69 Engranajes
- 121 Vida de un idiota
- 155 Nota enviada a un viejo amigo

- 165 Glosario de términos japoneses

Nota al texto

La presente versión desde el japonés incluye, en el orden cronológico en que fueron escritos, siete relatos con los siguientes títulos: *Mikan* («Las mandarinas»), *Yasukichi no techō kara* («Extractos de la agenda de Yasukichi»), *Umi no hotori* («Al borde del mar»), *Tenkibo* («Registro de defunciones»), *Haguruma* («Engranajes»), *Aru abō no issbō* («Vida de un idiota»), *Aru kyūjū e okoru shuki* («Nota enviada a un viejo amigo»). Los tres últimos fueron póstumos.

Como se ha indicado en la Introducción, la mayoría están cargados de un alto contenido autobiográfico, e intentaban definir el estado psicológico del autor y su obsesión por la muerte y el suicidio. En los dos o tres últimos años de su vida, Akutagawa se medicaba en altas dosis, lo cual pudo afectar al uso insistente, en especial en los tres últimos relatos, de marcadores (*de repente, además, pero, etc.*) y de expresiones relativas a la situa-

ción temporal y espacial (*antes, después, delante, etc.*). En esta versión española hemos eliminado un buen número de estas palabras cuando eran reiterativas en exceso, pero intentando al mismo tiempo preservar algunos de los rasgos de estilo reveladores de la tensión mental padecida por el autor mientras escribía dichos relatos.

Como es habitual en esta colección de Maestros de la Literatura Japonesa, la transcripción de los términos japoneses, sean nombres propios o comunes, sigue el sistema Hepburn, según el cual las consonantes se pronuncian como en inglés y las vocales poco más o menos igual que en español. Así, en la palabra Meiji, la jota se pronuncia como la del inglés John o del valenciano Jordi, mientras que la g de *geta* es semejante a la del castellano «guerra».

Los homónimos japoneses aparecen en el mismo orden que en Japón, es decir, primero apellido y después el nombre. La única excepción ha sido alguno ya bien conocido en el ámbito occidental, como Akira Kurosawa.

El significado de todos los términos japoneses que aparecen en el texto más de una vez se puede consultar en el Glosario después del último relato.

Las notas al pie son nuestras y del equipo editorial.

Los traductores

Las mandarinas

Ocurrió un nublado anochecer de invierno. Sentado en una esquina del vagón de segunda del tren que salía de Yokosuka¹, esperaba absorto a que sonara el silbato de salida. Resultaba extraño que en el interior del tren, iluminado por la luz eléctrica encendida desde hacía tiempo, no hubiese ningún otro pasajero aparte de mí. También me llamó la atención que, al echar un vistazo fuera, en el andén sombrío, hubiera desaparecido por completo incluso la gente que venía a despedirse. Tan solo un perrito metido en una jaula ladraba de vez en cuando tristemente. Estas imágenes constituían un panorama desolador que concordaba inexplicablemente con mi estado de ánimo. En el interior de mi cabeza, una

1. En la ciudad portuaria de Yokosuka estaba la Escuela Naval donde el autor enseñó Inglés durante cuatro o cinco años, de 1914 a 1919. El tren que hacía el recorrido Yokosuka-Kamakura, un deber cotidiano de Akutagawa, proseguía después hacia Tokio.

fatiga y hastío indescriptibles habían caído sobre mí como la sombra plomiza y oscura de un cielo que amenaza nieve. Con las dos manos inmóviles, metidas en los bolsillos del abrigo, no encontraba ni siquiera la fuerza para sacar y leer el periódico de la tarde guardado en uno de ellos.

Pero, poco después, sonó el silbato de salida del tren. Aliviado por un ligero bienestar en el corazón, reposé la cabeza en el marco de la ventanilla, confiando, sin esperar nada realmente, que la estación que estaba ante mis ojos se fuera alejando poco a poco. Pero aún no. Antes –al poco tiempo de haber escuchado el estrépito de lo que parecían unas *geta*² corriendo por el andén al unísono con la voz del revisor gritando injurias–, la puerta de mi vagón de segunda se abrió del todo con brusquedad y una muchacha de unos trece o catorce años entró precipitadamente. De manera simultánea, el tren se empezó a mover con lentitud, balanceándose pesadamente. Los postes del andén iban dividiendo uno a uno la visión de un coche cisterna que parecía haber sido olvidado; y, dentro del tren, un mozo de estación daba las gracias a alguien por la propina... Todo ello, como sin querer resignarse, se iba derrumbando detrás de mí, desvaneciéndose en el humo que chocaba contra las ventanillas. Por fin, logré respirar aliviado y, mientras encendía un cigarrillo, por vez primera alcé los párpados con languidez y eché un vistazo a la cara de la muchacha que se había sentado en el asiento de enfrente. Su pelo seco estaba recogido al estilo

2. Chanclas tradicionales japonesas con suela de madera.

*ichōgaeshi*³. Evidentemente, era una muchacha de campo, con las mejillas agrietadas y enrojecidas, como si se las hubiera frotado, hasta el punto de resultar desagradables. Además, sobre las rodillas, desde donde colgaba una sucia bufanda de lana verde claro, llevaba un hachillo grande envuelto en un pañuelo. En las manos con sabañones que asían el envoltorio, sujetaba cuidadosamente un billete rojo de tercera. No me gustaba ese tipo de caras vulgares. Además, su vestido sucio y desaseado, me incomodaba. Y, para colmo, me exasperaba su mente estúpida, incapaz incluso de distinguir un billete de segunda de uno de tercera. Por eso, con el cigarrillo encendido y, en parte, con el sentimiento de querer olvidar la existencia de la muchacha, desplegué el periódico de la tarde sobre mis rodillas y empecé a leerlo con desgana. En ese momento, la luz natural del exterior dejó de iluminar las páginas del periódico. En su lugar, la luz eléctrica hacía flotar en medio de una claridad inexplicable los caracteres mal impresos de las columnas del diario. Era evidente que, en esos momentos, el tren acababa de entrar en el primero de los muchos túneles de la línea Yokosuka.

Sin embargo, tal y como me imaginaba, aunque repasase alumbrado por la luz eléctrica todo el contenido del periódico para consolar mi melancolía, en el mundo solo se hablaba de sucesos ordinarios. La cuestión de la paz, el novio y la novia de una boda, la corrupción, las esquelas...

3. Peinado femenino de la época. El pelo se recogía en un moño separando a los lados los cabellos de las sienes, del cogote y del flequillo.

En el instante en que entramos en un túnel, mientras tenía la ilusión óptica de que el tren había cambiado de dirección, paseé la vista casi mecánicamente por las desoladoras noticias del periódico. Pero, durante esos momentos, la muchacha, cuya expresión parecía personificar la realidad más vulgar, continuaba sentada frente a mí. Un hecho del que no pude dejar de ser consciente en ningún momento. El tren en el interior del túnel, la muchacha de campo y el periódico repleto de mediocridad...

Si esto no era simbólico, ¿qué era, entonces? Si esto no era la puesta en escena de una vida incomprensible, vulgar y aburrida, ¿qué era, entonces? Todo me pareció trivial. Tiré el periódico que apenas había empezado a leer y, volviendo a apoyar la cabeza en el marco de la ventanilla, cerré los ojos como si estuviera muerto y empecé a dormir.

Ocurrió al cabo de un rato. De repente me sentí amenazado por algo. Miré de manera inconsciente a mi alrededor. Sin que yo me diera cuenta, la muchacha se había cambiado de asiento. Ahora estaba a mi lado e intentaba abrir la ventanilla con insistencia. Pero parecía que la pesada ventanilla de cristal no cedía tan fácilmente como ella imaginaba. Sus mejillas acabaron enrojeciendo aún más. A veces se escuchaba el sonido quebrado de la respiración entrecortada de la muchacha junto con su voz jadeante. Sin duda esta imagen podía despertar algo de compasión. Era bastante evidente que el tren se estaba aproximando a un túnel porque, en el crepúsculo, las claras laderas de hierba seca a ambos lados de las vías parecían precipitarse sobre las ventanillas de manera inexo-

nable. Pero la muchacha se obstinaba en abrir una ventanilla firmemente cerrada... No pude entender el porqué. No. Supuse que, simplemente, se trataba de un capricho infantil. Por eso, mientras acumulaba un complejo sentimiento en el fondo de mis entrañas, la observaba con crueldad deseando su fracaso eterno. En mis ojos estaba impresa la imagen de sus manos llenas de sabañones luchando desesperadamente por mover la ventanilla. Entonces, de repente, justo cuando el tren entraba en el túnel, se produjo un ruido espantoso. La ventanilla que estaba intentando abrir la muchacha, al final, cedió brusca e inesperadamente. Entonces, por el hueco cuadrado que quedó abierto, penetró un aire negruzco, como hollín derretido, que se convirtió enseguida en un humo asfixiante, y que envolvió por completo el interior del vagón. Yo, que de nacimiento padecía de problemas respiratorios, sin tiempo apenas para cubrirme la cara con un pañuelo, fui engullido por la densa humareda. Sufrí un ataque de tos asfixiante que a la muchacha no pareció importarle en absoluto. Sacó la cabeza por la ventana y, mientras el pelo del moño *ichōgaeshi* se agitaba en el viento ennegrecido, dirigía fijamente la mirada en la dirección en que avanzaba el tren. Vi su figura entre el humo del carbón y la luz eléctrica. Si el exterior de la ventanilla no se hubiera despejado en ese preciso instante dejando entrar el fresco olor a tierra, heno y agua, yo, que por fin había dejado de toser, le habría dado una reprimenda tal a esta desconocida, que sin duda le hubiese hecho dejar la ventanilla cerrada como estaba al principio.

Sin embargo, el tren, por aquel entonces, ya había emergido del túnel y estaba cruzando por un miserable

paso a nivel de las afueras entre las laderas de heno y las montañas. Todos los edificios de la zona eran de aspecto pobre, y las casas cubiertas de tejas y de paja estaban desordenadas y apretujadas unas al lado de otras. Una blanca bandera, seguramente agitada por el vigilante del paso a nivel, ondeaba lánguidamente en medio de los colores del crepúsculo. Cuando pensé que al fin habíamos salido del túnel...

En ese momento, al otro lado de la barrera del ruinoso paso a nivel, vi a tres chicos con las mejillas arreboladas, de pie y apretados en una fila. Encogidos y oprimidos por el cielo plomizo. Los tres eran pequeños y de idéntica estatura. Además, iban vestidos casi igual en el lúgubre y sombrío escenario de esta zona de los suburbios. Mientras alzaban sus miradas para ver pasar el tren, en un segundo, todos levantaron la mano a la vez y, estirando sus inocentes cuellos, lanzaron con todas sus fuerzas un grito de guerra cuyo significado no pude entender. Fue en ese instante cuando sucedió. La muchacha, asomada con medio cuerpo fuera de la ventanilla, extendió y agitó enérgicamente su mano llena de sabañones. Acto seguido, unas cinco o seis mandarinas, teñidas por los colores de uno de esos cálidos días que le alegran a uno el corazón, llovieron del cielo por separado sobre los niños que decían adiós. La escena me dejó sin aliento. Entonces, en ese instante, lo entendí todo. La muchacha, que probablemente iba a servir a la gran ciudad, había arrojado por la ventanilla algunas de las mandarinas que guardaba en su pecho a sus hermanos pequeños como recompensa por haber ido a despedirla expresamente hasta aquel paso a nivel.

Sí, el paso a nivel de las afueras teñido por la luz del anochecer, los tres chicos que alzaban sus voces como pajaritos, los vivos colores de las mandarinas que les llovieron del cielo... Todo pasó de largo por la ventanilla del tren, centelleante, y en un abrir y cerrar de ojos. Pero la escena se quedó grabada en mi corazón con una claridad desgarradora. Entonces me di cuenta del estallido de un misterioso y alegre sentimiento en mi interior. Erguido y con la cabeza bien alta, como si estuviera mirando a otra persona totalmente diferente, de nuevo observé fijamente a aquella muchacha. Ella, que en un momento dado había vuelto a su asiento inicial, se cubrió con su bufanda de lana verde claro las mejillas siempre surcadas de grietas. Con la mano en la que sostenía el hatillo, sujetaba con fuerza su billete de tercera clase...

En ese momento, yo, por primera vez, fui capaz de olvidar mi indescriptible fatiga y hastío; capaz incluso de olvidar la vida, sí, la vida incomprensible, vulgar y aburrida.

Extractos de la agenda de Yasukichi

¡Guau!

Al anochecer de un día de invierno, Yasukichi roía una tostada grasienta en el piso superior de un sucio restaurante. Frente a su mesa había una pared blanca y agrietada. Colgaba de ella, diagonalmente, un papel alargado en el que estaba escrito: «También tenemos *hot sandwiches*¹». (Un compañero de trabajo suyo, al leer esto, se había extrañado mucho). A la izquierda había una escalera que llevaba a un sótano y, justo a la derecha, una ventana. Mientras roía el pan, a veces miraba absorto por la ventana. Fuera, al otro lado de la calle, había una

1. En el texto original, el contenido entrecomillado que anuncia sándwiches calientes está en japonés, excepto la palabra *hot*, que se mantiene en inglés. Quizás por tratarse de una época en la que ya empezaban a introducirse vocablos en inglés para lograr más impacto en los anuncios y dar un aire más occidental a los productos.

tienda de ropa de segunda mano con tejado de zinc en la que se amontonaban monos de trabajo azul y abrigos de color caqui.

Ese día, desde las seis y media de la tarde, iba a tener lugar en la escuela² un encuentro del grupo de Inglés para practicar conversación. Aunque Yasukichi ya había acabado sus clases, como no vivía en esa zona, se había visto obligado a hacer tiempo hasta las seis y media en semejante lugar. Sin duda era en una canción de Aika Toki –disculpádmeme si no estoy en lo cierto–. La letra decía así: «Viniendo de lejos, tener que mordisquear este bistec de mierda, ¡ay, mi esposa! ¡Ay, mi esposa querida!». Cada vez que venía a este lugar, se acordaba de la canción. Solo que él aún no había conseguido a la esposa que supuestamente tanto anhelaba. Pero contemplaba la tienda de ropa de segunda mano, mordisqueaba un pan pringoso y, al ver el papel de «*hot sandwiches*», espontáneamente le salían de los labios las palabras: «¡Ay, mi esposa! ¡Ay, mi esposa querida!».

Yasukichi sí se percató de la presencia de dos jóvenes militares de la Marina que tomaban cerveza en el restaurante. Había uno cuya cara le sonaba: era el intendente de su misma escuela. No sabía su nombre, pues apenas lo conocía. Bueno, ni su nombre ni su cargo. ¿Era teniente segundo o teniente a secas? No estaba seguro. Lo único que sabía era que, cuando recibía la paga mensual, esta pasaba siempre por sus manos. Al otro no lo conocía de nada. Cada vez que pedían otro vaso de cerveza,

2. Se trata de la Escuela Naval de Yokosuka, donde Akutagawa trabajó como profesor de Inglés de 1914 a 1919.

lo hacían a voces, soltando con rudeza «¡Eh!» u «¡Oye, tú!».

A pesar de todo, la camarera no les ponía mala cara y, con un vaso en cada mano, subía y bajaba las escaleras rauda y veloz. Yasukichi, en cambio, no conseguía que le llevaran a la mesa con la misma diligencia la taza de té que había pedido. Pero no era una situación exclusiva de ese local. En todo el barrio, ya fuese en la cafetería o en el restaurante, ocurría lo mismo.

Mientras los dos militares bebían cerveza, hablaban a gritos. Yasukichi, por supuesto, no tenía interés en escuchar lo que decían, pero de repente le sorprendió oír: «¡Di guau!». A él no le gustaban los perros, un desagrado compartido por otros escritores, como, por ejemplo, nada menos que Goethe y Strindberg. Esta coincidencia le pareció graciosa.

Por eso, cuando escuchó estas palabras, imaginó un gran perro occidental de los que se solían criar por esa zona. Al mismo tiempo sintió inquietud, como si uno merodeara detrás de él.

Sigilosamente volvió la mirada. Por suerte no vio nada parecido a un perro. Tan solo aquel intendente que miraba por la ventana y que no dejaba de reírse burlonamente. Yasukichi supuso que tal vez el perro estuviera bajo la ventana. Sin embargo, por alguna razón, tuvo una sensación extraña. Luego el intendente dijo otra vez:

–Di guau; vamos, di guau.

Yasukichi disimuladamente echó un vistazo a la parte inferior de la ventana. Lo primero que vio fue una farola que todavía no estaba encendida y que también era un